

Aspectos literarios de la obra de don Joan de Castellanos

Escribe: MARIO GERMAN ROMERO

CAPITULO II

COMPARACIONES DE LAS ELEGIAS (1)

En la censura de Agustín de Zárate al libro que compuso Joan de Castellanos, dice el contador de mercedes que el Beneficiado “infiere a su tiempo muchas digresiones poéticas y *comparaciones*, y otros colores poéticos con todo el buen orden que se requiere”.

No en vano había frecuentado Castellanos el estudio del bachiller Miguel de Herrera quien “lo crió y enseñó gramática preceptiva, poesía y oratoria”. Allí fue repetidor y salió “hábil y suficiente” para poder enseñar y leer gramática “en todas e cualesquier partes donde él quisiese”.

Al lado del bachiller Herrera leyó seguramente la *Retórica a Herenio* atribuída a Cicerón. Aprendió los sabios preceptos de Quintiliano en las *Instituciones oratorias* y repitió de coro aquello de que “similitudo est oratio traducens ad rem quampiam aliquid ex re dispari simile”. Del preceptista español aprendió la utilidad de los símiles y allí gustó los escogidos ejemplos tomados de Virgilio. Leyó que la comparación “adorna la oración, la hace sublime, florida, gustosa y admirable. De cuanto más lejos sea traída, causa más novedad, porque es cosa no esperada; aunque las comparaciones caseras y vulgares son acomodadas para comprobar algo” (1).

Entre las comparaciones o símiles usados por Castellanos los hay breves, cortos y otros en que el autor desarrolla más ampliamente la figura. Ejemplos de los primeros sean los siguientes:

Dando tan sonoras tenazadas
Como tarasca día de la fiesta. (II, 384)
El cual luego partió como una jara (II, 425)
Con tantos dardos, flechas y pedradas
Como gotas espesas en invierno. (II, 435)

*Pero de la manera que conejo
 que suelta de los dientes perro viejo. (II, 463)
 Todos ellos están ijadeando
 como rocín que dio larga carrera (II, 572)
 Con la presteza que águila libera
 sigue de prestas aves el alcance (II, 581)
 Como ciervo sus pasos apresura (II, 637)
 Y allí firmes están como raíces (III, 181)
 Por ser un hombre suelto como gamo (III, 228)
 Inmóviles están como peñoles. (III, 291)*

En otras ocasiones el símil se desarrolla ampliamente y allí es donde con mayor facilidad podemos medir la imaginación del poeta.

Trataremos de agruparlos por temas y comenzaremos por los símiles tomados de *las fuerzas de la naturaleza*.

Las *nubes* son motivo de numerosas comparaciones. Veamos algunas.

*Como nube que grande crecimiento
 de pluvias a los ojos representa,
 pero la fuerza seca de algún viento
 sus oscuros vapores ahuyenta,
 dejando sin aquel impedimento
 los campos con el sol que los calienta,
 así la batería de los truenos
 ahuyentaron indios destos senos. (I, 99)
 O como cuando de las nubes rotas
 de fulminosa furia descendiendo
 vienen espesas y crecidas gotas
 los aires vaporíferos rompiendo,
 que con venir de nos algo remotas
 oímos el ruido y el estruendo,
 hasta tanto que sirven de flagelo
 para blandura dar al duro suelo (III, 441)
 Bien como cuando nimbo proceloso
 derrama por los altos sus licuores
 y la creciente dellos se deriva
 por los declives valles y quebrados,
 llevando por delante con ruido
 las plantas y las piedras ponderosas,
 de tal manera bajan los salvajes
 con terrible ruido y estampido
 contra los españoles que por orden
 digestos esperaban el conflicto. (IV, 247)
 Bien como cuando nubes pluviosas
 de diferentes partes se condensan,
 y en fluidos licuores ya resueltas
 descargan el imbrífero rocío
 en los opuestos valles y laderas. (IV, 370)*

En otras ocasiones las nubes llevan en su seno *el fuego celestial y horrible trueno*, (I, 590) o descargan *granizo con relámpagos y truenos* (III, 28).

La *lluvia* con todo su poder destructor se hace sentir cuando dice:

*Como pluvia que baja de ladera,
causada de grandísima creciente,
que roba cuanto tiene la ribera,
y arranca los peñascos juntamente,
aquí va derribando la acera,
y por allí la más segura puente,
causando tal temor a los humanos
que les fallecen fuerzas, pies y manos.* (I, 372)

El *agua mansa* de la acequia que sigue su curso ordinario, cuando llega el invierno

*Rompe la presa hecha y albarrada,
y no vale ni puede ser bastante
resistencia que halle por delante.* (III, 450)

De un ataque nocturno de los indios se dice que

*No baja con tal ímpetu creciente
de las alturas a los campos llanos.* (III, 470)

En otra ocasión los indios atacan

*Como las bravas ondas conmovidas
del viento que se muestra riguroso,
que van unas tras otras impelidas,
sin mezcla de descanso ni reposo,
hasta que las riberas son heridas
del embate feroz y presuroso* (I, 567)
*Según un río cuando va crecido
y baja de los altos de repente,
por piedras y peñascos divertido,
fuera del curso viejo la creciente,
que con aquel acuático rüido
se turban los oídos de la gente,
y con el rumor sordo y espantable
no se percibe cosa que se hable.* (III, 250)

Unos pocos españoles que dormían fueron acometidos con el ímpetu de un *lago* que se desborda:

*Como lago de llano muy remoto,
antes en alta sierra represado,
que con gran tempestad y terremoto
rompió lo más pendiente del un lado,*

*y el aguaje llevó tal alboroto
que trocó los descuidos en cuidado,
y con aquel grandísimo ruido
cercano morador se vio perdido. (I, 430)*

La *tempestad* con toda su grandeza es símil apropiado en muchas ocasiones:

*O como si se siente gran ruido
en el mar, cuando calma representa,
mas el profundo dél es conmovido
y el arena se muestra turbulenta:
que entonces es indicio conocido
venir terribilísima tormenta,
por ser ruido tal al marinero
desdichada señal y mal agüero (I, 389)
Bien como cuando veis cielo sereno,
y repentinamente de verano
viene nublado de tormenta lleno
amenazando pago comarcano;
el cual rompiendo con horrendo trueno
perjudicial y congelado grano,
es por los bravos vientos esparcido
con impetuosísimo ruido (III, 134).*

Llega la *tempestad* de pronto, inesperada, y produce sobresalto en los que están recogidos en sus casas (IV, 232). Los indios atacan a los españoles como las ondas marinas impulsadas por procelosa furia tuerce el curso de la nave (IV, 449 s.).

Como tantas veces el asalto de los indios produce el efecto de un *terremoto*:

*Como si con nocturno terremoto
huyesen a lo raso del poblado,
que con aquel ruido y alboroto
el menor y el mayor anda turbado,
Este sale desnudo, y aquel roto,
queda Juan muerto, Pedro mal parado,
este pide favor, aquel ayuda,
y no pueden hallar quien les acuda. (II, 595)*

Un combate trae las funestas consecuencias del *huracán*:

*Bien como huracán, que da tal priesa
en índicas provincias y regiones
que barre la montaña más espesa,
quebranta ramas, vuelve los troncones,
y los anchos caminos atraviesa
con crecidísimas inundaciones,
causando tal temor a los humanos
que quedan como muertos los más sanos. (I, 473)*

Cuando los naturales atacan lo hacen como huracán viento que llega de la región media del aire (II, 528), como huracán horrendo que barre peñas y plantas y las levanta por el aire (IV, 580 s.).

Veamos una comparación tomada del *torbellino*:

*Ansí como terribles torbellinos
con gran fuerza de vientos furiosos
que sacan con los vientos repentinos
gran polvo de lugares arenosos,
perturbando los pasos de caminos
que llevan caminantes presurosos,
haciéndoles los pasos tan estrechos
que suelen del espada hacer pechos.* (I, 182)

Francisco César rompe contra el ejército de Utibará como violento torbellino que hace caer del árbol la fruta más madura. (III, 121)

El *aquilón* y el *austro* le sirven de comparación por sus efectos destructores. El primero *con alas extendidas* va robando las hojas y las flores, (I, 414), *el austro proceloso* que condensa el aire y en la oscuridad forma temeroso ruido es apenas semejante a la acometida de los indios contra las huestes de Ruiz y de García de Paredes. (I, 673) En otra ocasión atacan los naturales como *viento tifónico*

*Cuando con más furor se precipita
y de sus soplos fuertes impelidas
las cosas ponderosas van volando.* (III, 579)

Otra vez la comparación está tomada del *viento proceloso* que remueve la tierra, y arranca árboles frondosos (III, 654).

Esta vez es el pirata Drake que vuelve con su armada, los vecinos corren a los montes,

*No tan presto polvosos remolinos
esparcen hojas secas por los vientos,
cuan prestos los estantes y vecinos
dejan y desamparan sus asientos.* (IV, 126)

El *violento céfiro* (IV, 253), o aquel otro que *circungirando por el campo* sopla y confunde el polvo y la arena (IV, 341) pertenecen a este género. Otro tanto podemos decir del *turbión*

*que lleva con inútiles arenas
revueltos ricos granos de oro fino.* (IV, 127)

Y para terminar con estos genios turbulentos e inquietos, el *ventisquero de borrasca*

*Con la cual el inútil marinero
lleno de confusión se desatina,
y para gobernar aquel madero
no sabe cual es arca ni bolina.* (I, 580)

El rayo que pasa cerca y deja mudo y ciego (II, 160), en otra ocasión

*quedaron, como cuando rayo rompe
húmedos humos de la fusca nube,
cuyo terrible trueno y estampido
atónitos dejó los circunstantes. (IV, 308 s.)*

El trueno que causa no pequeño desatino,

*Tanto quel bruto huye del rüido
y el hombre queda cuasi sin sentido. (II, 503)*

Los indios huyen después de un ataque de los españoles como el que yendo por la acera viese venir fuego que la abrasa

*Y corre por las calles por ir presto
de pantuflos y capa descompuesto. (I, 451),*

o como la tímida presa que se ve rodeada de lebreles

y doquiera que llegan hallan fuego. (IV, 334),

o como la llama que con fuerza se derrama por el bosque quemando verdes hojas de la rama (I, 180).

*Como si cuando soplan luego prende
en cantidad de leña viva llama,
que tanto más aquel furor enciende
cuanto la ceban más con seca rama,
y con más fuerza su calor estiende
acia la parte donde se derrama,
y cuanto más son los atizadores
las llamas y los humos son mayores. (II, 421).*

Del fuego que crece con el viento están tomados otros símiles:

*No suenan tan espesos estallidos
cuando las fuerzas de los fuegos crecen
en los espesos montes encendidos,
que de rocío y humedad carecen,
siendo de bravos vientos conmovidos,
que los soplan, avivan y engrandecen,
cuantos son los crujidos de la honda
que suena aquí y allí a la redonda. (III, 326)*

A la presencia de los bárbaros los españoles descenden de la altura como llamas impelidas de cierzos o solanos. (III, 470)

Otras comparaciones están tomadas del *imán*, del *ruido de los montes* y del *volcán de Quito*:

*Bien como piedra magnes que a sí llega
cualquier cosa de hierro circundante (II, 142).
Bien como lo que cuentan del ruido
de ciertos montes septentrionales,
que no lo puede comportar oído
de todos cuantos hay de los mortales,
antes con tanta voz, tanto bramido
han perecido gentes principales:
ansí también aquí se desatina
el español con grita tan continua. (II, 339; véase IV, 457)
Bien como cuando la sulfúrea vena
de Quito sus ardores engrandece
en el volcán y fonda socarrena,
y con espesos humos acontece
la tierra circunstante ser tan llena,
quel sol se les absconde y escurece,
y aunque distante dél, atemoriza
al morador que ve llover ceniza. (I, 592).*

El padre Juan de Velasco en su *Historia del Reino de Quito* enumera entre los montes volcánicos de primer orden el Cotopaxi, el Pichincha, el Puracé, el Sangai y el Tungurahua aunque este último es incierto que sea volcán. ¿Cuál de estos es el recordado por Castellanos? Difícil establecerlo de una manera cierta, aunque parece probable que se refiera al Pichincha, a cuya falda oriental se halla situada la ciudad de Quito. El padre Velasco afirma que después de la conquista ha hecho cuatro erupciones, siempre con grandes daños a la ciudad en 1539, 1577, 1587 y 1660, de las cuales tres han podido llegar a noticia del cronista.

En Ercilla son frecuentes también los símiles tomados de las fuerzas de la naturaleza. Menores en número, dada la diferencia de extensión de las dos obras, los hay tomados de las nubes (parte II, cantos XXV y XXXII), del río caudaloso (parte I, canto XI), de las olas (parte I, canto XI, parte II, cantos XXI y XXIV), de las aguas (parte I, canto IX), de la tempestad (parte I, canto XI) y del viento (parte II, canto XXII).